

# El Baluarte

Subscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—  
Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 7/00  
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.  
Número atrasado, 35 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 213.

Sevilla.—Lunes 17 de Septiembre de 1900

AÑO XXIV.

## Sr. Director de la Revista Interplanetaria EN LA LUNA

122

Respetable señor: El Dios invisible é incorpóreo que rige el Universo te conserve muchos siglos con salud, libertad y dinero.

### JUANA DE ARCO

5.º

Levantado el sitio de Orleans, se presentó Juana en el castillo de Loches, residencia del rey; mas le dijeron que S. M. estaba en consejo con sus ministros y no podían pasarle aviso de su petición de audiencia. Pero la guerrera, que ya conocía el poco ó ningún patriotismo de los ministros, y muy especialmente el de su presidente, cardenal La-Tremouille, Chartres y Gancourt, empujó resueltamente la puerta de la estancia real, y dijo á Carlos 7.º:

—Señor: No perdáis el tiempo en tan largos consejos; Orleans está libre, os vuelve á pertenecer; y es preciso que marchéis sin perder tiempo á Reims, para haceros coronar rey de Francia, y anular así, ante vuestros súbditos y ante el mundo, el reinado de los ingleses.

—Ese proyecto es insensato y criminal—contestó La-Tremouille.—Su realización pondría en inminente peligro la vida de vuestra majestad.—Y el pusilánime y vicioso Carlos 7.º, añadió:

—Pretendéis, Juana, aunque contra vuestra voluntad, sin duda, que yo caiga en poder de los ingleses. Estos son dueños de casi toda la Francia, mientras que yo sólo reino dentro de las murallas de Orleans. Ocupan las plazas fuertes de Meung, Beaugency, Jargeau y otras muchas plazas en el camino que hemos de recorrer. No, no puedo salir de Orleans: peligraría mi existencia. Y maldecía interiormente de la pastora, que le obligaba á dejar su molice, sus comodidades y goces, en el castillo de Loches.

—Pues si no hay más inconveniente—contestó Juana—que la posesión de esas plazas por los ingleses, yo los arrojaré de ellas y quedará libre el camino de Reims (1).

Y Juana, al frente del ejército y de la milicia, atacó y tomó á Meung el día 12 de Junio de 1429; el 17 del mismo mes á Jarjeau, y el 18 á Beaugency.

Los ingleses, mandados por el duque de Tolbot, los condes de Wauvik y de Suffolk, y de otros caballeros, se reunieron en gran número en las cercanías de Patay, donde esperaron en campo raso á los franceses. Estos, orgullosos y entusiasmados con sus continuados triunfos, atacaron con tal denuedo, que los ingleses fueron completamente derrotados, y sus caudillos prisioneros.

Juana se elevó en esta gran batalla á la altura de los más famosos capitanes. Y aun acaso ninguno la igualó en lo preciso de sus maniobras, en el certero golpe de vista, en el uso de la artillería y de la caballería, y en el valor y entusiasmo que supo imprimir en sus combatientes.

A la vista del ejército inglés, que esperaba en orden de batalla, dijo Juana en tono sonriente á su jefe de Estado Mayor, duque de Alençon:

—Caballero: ¿tenéis bien puestas las espuelas?

—¿Para huir?—preguntó el duque sorprendido.

—Para perseguir—contestó la heroína.

Y en efecto, después de tan sangriento combate, los ingleses fueron perseguidos lanza en ristre en un trayecto de más de tres leguas.

Juana, después de tan brillantes victorias, volvió á Orleans y dijo al rey:

—Señor: ¿dudaréis todavía en seguirme á Reims, donde seréis consagrado en nombre de Dios?

—Si los ingleses han sido arrojados de la Turena—contestó el miedoso y libertino Carlos 7.º—aún dominan en las provincias que habíamos de recorrer hasta Reims, y mi vida peligraría. No salgo, pues.

Al ver Juana fracasado por segunda vez su proyecto de consagración del rey, por la oposición de éste á sacudir su pereza y á privarse de sus comodidades y vicios, no pudo contener su indignación y su amargura. Y despojándose de su casco, coraza, espuelas y espada, abandonó secretamente la Corte, proponiéndose regresar á su aldea de Donrenuy, y volver á sus ocupaciones de hilar y guardar sus queridas vacas y sus queridas ovejas.

Vagó Juana por el campo, y al llegar la noche, pidió auxilio en una humilde alquería. Su traje de varón, su cara juvenil y su cabellera recortada en melena, fueron causa de que aquellos campesinos la tomaran por un paje, á quien colmaron de atenciones en cuanto le permitía la pobreza de aquéllos.

Juana, á la vista de aquel pobre hogar, recordó á sus padres, á sus hermanos, á sus parientes, á sus amigos, sus ganados, su ruceta, etc., etc., y no pudo contener las lágrimas y algunos sollozos. Al notar lo el dueño del hospedaje, dijo con cariño al supuesto paje:

—¿Y lloráis, pobre joven, cuando Francia está de fiesta, cuando tiene rey nacional, cuando los ingleses han sido arrojados de la Turena?... ¿Y sobre todo, cuando los campesinos estamos libres de tantos peligros, de tantas cargas y de tantas humillaciones como sufríamos de esos malvados ingleses? ¡Y todo, todo debido á Juana la doncella, á ese angel venido del cielo, mejor que del valle de Baucouleurs, y á quien Dios conserve muchos años en la tierra para la completa liberación de la Francia y del rey!

—¿Conocéis á la doncella? ¿La habéis visto en los combates? ¿Es verdad que ha sido herida tres veces? ¡Oh, quién fuera joven para poder combatir á sus órdenes por tan justa causa, por la causa nacional!

Y el anciano, elevando los puños, miró al cielo en actitud nerviosa; actitud que lo mismo podía tomarse en son de amenaza que en son de súplica.

Juana volvió á recordar á su familia; volvió á recordar los horrores que presenció en su valle, cuando fué devastado por los ingleses, y creyó volver á oír la voz misteriosa que le decía:

—No desmayes, sigue adelante, cumple tu misión, que el cielo te protegerá.

Y Juana, guardando el incógnito y olvidando la cobardía de Carlos y la perfidia de sus ministros, volvió á Orleans, pensando sólo en los males que sufría la Francia.

El proyecto de coronación y consagración del rey tenía ya numerosos partidarios, y Carlos y sus ministros se vieron obligados á emprender la marcha para Reims.

Juana enviaba heraldos, con cartas que ella dictaba y firmaba con cruz, pidiendo á los ingleses paso franco, y completa su misión á las poblaciones que habían abrazado la causa inglesa, ofreciendo perdón á todos si así lo hacían.

La marcha de Orleans á Reims fué una continuada victoria. Y la coronación de Carlos 7.º tuvo lugar en la Catedral, con la más imponente pompa de la iglesia católica.

El rey, con lujosísimo manto carmesí, rodeado de su corte, se arrodilló ante el altar mayor. El obispo lo bendijo, envuelto en un torrente de luz y en el estruendo de los cañones y de las campanas. El consagrante tomó del altar una valiosísima corona de oro y piedras preciosas y la entregó á la heroína, Juana la doncella, quien la colocó sobre la cabeza de Carlos el 18 de Julio de 1429.

¿Quién era esta mujer extraordinaria que se conducía como se condujo, sin saber leer, sin saber historia ni geografía, sin conocer la ciencia y arte de la guerra, sin conocer las ceremonias cortesanas, ni otra cosa, en fin, que el huso, la ruceta y guarda del ganado?

MERCURIO.

La Tierra y Madrid, 1900.

## Murmuraciones

La última novedad ha sido la apertura de los Tribunales.  
Por cierto que dicha apertura ha coincidido con algunos chaparrones.

Abiertas, pues, de par en par las puertas de la Justicia, comenzará la rueda á funcionar.

El señor Ministro de Gracia y Justicia ha leído, en la apertura susodicha, el discurso de reglamento, y en él reconoce las bondades del Jurado.

Se comprende muy fácilmente que el Sr. Vellido las reconoce á la trágala, á fin de acallar las sospechas que teníamos de él de que era un reaccionario clerical de tomo y lomo.

Cuyas sospechas, apesar del parche de alabanzas que coloca al Jurado, se confirman al final de su discurso, en el que aboga porque los establecimientos penitenciarios estén á cargo de los frailes y de las beatas.

¡Era lo que nos faltaba!  
Ocupándose en esto un colega, nos dice:

«Sin esforzar la memoria, recuérdase larga lista de sucesos donde frailes y curas han desempeñado el triste papel de actores, atropellando brutalmente niños como en Pamplona, asesinando una muchacha como en Zaragoza, violando una reclusa del manicomio como en Ciempozuelos, realizando los horrores de aquel Flaminio en Francia...»

Cuando el gobierno francés abre una información en vista de los graves abusos que las órdenes religiosas cometen en los centros benéficos, aquí en España hay un ministro que piensa en poner los penales en manos monásticas.

Yo lo aceptaría.  
Pero con la condición de que el Ministro fuera de los primeros en sufrir las consecuencias.

¡A ver si entonces era de la misma opinión!

Hoy se nos dice en un telegrama:

«Asegúrase que en la conferencia que celebraron en Avila los Sres. Sagasta y Moret, éste se mostró partidario de la boda de la princesa de Asturias con el duque de los Abruzzos, apoyándolo también el Sr. Sagasta.»

A lo que dirá la princesa:  
—Pero, señor, ¿quién va á cargar con el marido, ellos ó yo?

En realidad, es una desgracia nacer princesa.

¡Si no fuera por lo bien que lo pagan!

Trozo de una sesión secreta, celebrada después del brillante triunfo de la señora D.ª Tarifa, y en favor de los intereses de la colectividad.

### PERSONAJES

CHICA.—AMOROSO.—RAUL.

CORO DE EXVIRGENES

(Al levantarse el telón, aparecen sentados á la mesa los tres personajes nominados: los innominados, ó sea el Coro de exvirgenes, estarán de pie haciendo la rueda.)

CHICA. (Dirigiéndose á AMOROSO.)  
¡Gran batalla hemos ganado con su ayuda y su valor!

¡Qué elocuencia ha derrochado!  
¡Qué portentoso orador!  
La ciudad agradecida... (Interrumpiendo.)

RAUL. ¿La ciudad ha dicho usted?  
¡La Empresa favorecida!  
¡Hablemos en plata...

AMOROSO. ¡Eh, señor Raul! Yo deploro que usted también se haga eco...

RAUL. ¡Se ha lidiado bien el toro, y no hay que hacerse ahora el sueco! (Risas en el Coro de exvirgenes.)

CHICA. Suposición maliciosa que los límites alcanza de la calumnia horrosa...

RAUL. No hay calumnia, sino... panza.

AMOROSO. Le juro, señor Raul, por las santas Escrituras, que lo que aquí huele á fú es la Empresa de basuras.

RAUL. ¡Calumnial Yo no me oculto, y sé muy bien lo que hago; ¡pues apenas si la multo cuando se atrasa en el pago!

CHICA. Señores, haya cordura, que escucha el Coro y comenta...

¡Aquí nadie se figura que ustedes estén en venta! La honradez, la pulcritud, esas son vuestras divisas, y la mña es la virtud...

AMOROSO. (A Raul al oído.) (La... de no decir las misas.)

CHICA. Sigamos, pues, comentando lo que diciendo estarán los que estaban aguardando, y que aun hoy aguardarán, á Tarifa, con profundo deseo, que es engañifa...

AMOROSO. ¡Si ya sabe todo el mundo que esto es Ceuta y no Tarifa!

(Se oyen: —¡Bravo! ¡Bien! —por algunos del Coro.)

Le voy á dar un aviso desinteresado á los padres de familia, por si quieren que sus hijos conserven la vergüenza y el honor.

En Granada hay un colegio que se titula El Sacro Monte, en cuyo colegio—por vergonzosas franquicias concedidas—se hacen abogados hasta los adoquines de Gerez.

No es lo malo que se hagan abogados, que esto, al fin y al cabo, á nadie causa más daño que á los que compran el título sin tener disposiciones ni saber, sino... otra cosa que es verdaderamente horripilante, por lo que vais á leer en letras de molde, y que publica *El País*:

«El Sacro Monte es hoy un lugar de farsa, un centro docente donde no se aprende nada, una engañifa sagrada; que lo digan los muchos ignorantes como el párroco de Madrid, Antonio Soria, que de allí han salido. Esto ya es mucho; pero vamos, que si se supiera, por ejemplo, que allí dentro hay profesores estetas, aguderos, violentos, embusteros, escandalosos para sus discípulos y no poco ignorantes, sería ya el colmo.»

Bueno, pues tenga usted cuidado, señor vice rector y comprenda que lo que no se hace es lo que no se sabe; que hay un rum rum por la ciudad entre los estudiantes y se dicen unas cosas... y que el mejor día tira uno de la manta. Viene el escándalo y ¡tableau!

Suponga usted que se saben ciertos sucesos ocurridos en un Carnaval, cuando se sublevaron los chicos y humillaron al fin á un superior de la categoría de usted, poco más ó menos, saliendo ellos con la suya. Suponga que se hace pública cierta aventura del mismo superior, muy conocido de usted, con aquel joven de quince años, tan guapo, guapísimo, que ocupaba el cuarto número 113 de la crujía de León XIII, llamado Julio, natural de Ultera, cursante de Derecho que, tan bien supo defender su honor contra las infamias del clerizonte catedrático, ¿qué sucedería?

Pues sepa que tenemos aquí un montón de referencias y una lista de siete excolegiales, hoy personas formalísimas, y de colegiales no menos serios, que están dispuestos á refrendarlas con su firma.

Yo doy fé de lo que el colega dice.  
Conozco á varios colegiales que han cursado en el Sacro Monte ese, que se explican del modo siguiente:

El que llega hecho todo un abogado, pero descolorido, ojeroso y pensativo, ese... dice que allí se está á las mil maravillas, y que se aprende mucho, mucho, más de lo regular.

El estudiante bastote, desaplicado, torpón, pero... independiente, salvaje, con más de hombre que de estudiante, ese... abandona el Monte Sagrado y habla pestes de él.

Como es natural, no se le cree.

Porque dicen los padres:—¡Siempre fué muy desaplicado!

A lo que contestan los chicos:

—Papá: ¡se dan allí unos cursos que Dios no los aguanta! ¡Bueno que se estudie, pero no tanto!

Un suceso muy gracioso ocurrido antes de ayer, que es un dato muy curioso que se debe conocer:

En el vecino pueblo de Camas, como toda Sevilla sabe, se come carne de cerdo fresca todo el año.

Pues bien; el pasado sábado se le antojó á una mujer de las que en dicho pueblo habitan, traerse á Sevilla un kilo de morcilla no sé para quién; para el señor Alcalde no sería, porque es fama de que no come morcilla fresca.

Al pasar por el fielato de Consumos del Patrocinio, presenta la mujer susodicha el kilo de morcilla, por el que los dependientes de la Arrendataria cobraron los derechos correspondientes, y le dieron su papeleta de abono, con el número 545.

Apenas había traspasado el fielato la pobre mujer, se le acercan dos guardias que tiene allí el Ayuntamiento, y le dicen:

—Señora: Ese kilo de morcilla que lleváis, queda decomisado. Está prohibido terminantemente comer morcilla fresca de orden del señor Alcalde.

—Entonces—dice la mujer—¿por qué se me admite al cobro en el Fielato?

—Para que la Empresa de Consumos cobre los derechos, porque la pobrecita, con el arreglo que ha hecho de la Tarifa 3.ª, tiene que dar mucho dinero.

—¡Pero esto es un robo manifiesto!—grita la mujer.

—Será lo que usted quiera, pero eso es lo que á nosotros se nos manda.

—¡Aquí no hay Justicia!—dice la mujer desesperada.

—¿Y ahora se entera usted, señora?—le contestan los guardias.

Esta acción, si no tocara los límites de la villanía, sería merecedora de risa.

(1) Donde se coronó Clovis, primer rey de Francia



Pero no lo es.  
La ponemos de manifiesto como una prueba patente y clara de que nuestro Ayuntamiento está en muy buenas relaciones con la Empresa de Consumos.  
¡Dios se las conserve!  
Y por eso no me enfado, que sería enfadarme en balde.  
Señores:—¡Viva el Alcalde, porque es muy digno y honrado!

CARRASQUILLA.

## Escribamos algo

Esto es lo que hacemos á diario los que tenemos el triste destino de hacer gemir las prensas y de entretener á los cajistas, desesperándolos con harta frecuencia por mal escribir, por suprimir letras ó sílabas enteras. Y se escriben y se publican, y se dicen muchas tonterías, pero en fin, el objeto es llenar el periódico, y para eso hay que emborronar muchas cuartillas.

Silvela, que es hombre muy dado á escribir mucho y á averiguar vidas ajenas de épocas antiguas, para amenazar á las generaciones presentes, ha escrito mucho en la *Gaceta*, que si es absolutamente insustancial, caen todas las letras como plomo derretido sobre los hombros de este manso pueblo español, que si le parece que la *Gaceta* miente mucho bajo el poder de Silvela, sus bolsillos sienten las consecuencias de las verdades profundas que tiene todo lo dicho por Silvela en forma de decretos, con fuerza ejecutiva. Lo que no ha visto en caracteres gacétils han sido los éxitos del viaje, el amor del pueblo á sus reyes, los vítores y aclamaciones que les han dispensado los individuos que salieron de Madrid, esos del hongo y del roten que han acudido á la excursión regia, por tierra, y batido admirablemente el record de los entusiasmos que han colmado el gozo del flamante presidente.

Dado á su genial sistema de contárselo todo á los periodistas para que propaguen su fama y cien órganos estampen su nombre á diario, le ha dado la manía del reporterismo, y se dice y se desdice, cuenta y rectifica, y así pasa el hombre la vida, considerándose el más feliz de los morrales.

Ya saben ustedes en que aquello de la boda lo había asegurado como cosa decidida; pues no señor, el hombre no aseguró tal cosa, que quien lo afirmó fué Dato, porque no estaba en el secreto.

De aquello de la boda no hay nada. Un rival afortunado, á quien proteje una dama esclarecida que vive en Austria, de quien trae especiales observaciones un archiduque que arribará próximamente á nuestras playas, coincidiendo con la distinción de que es objeto el jefe de la casa por un monarca que ha sido exaltado recientemente al trono de su patria; todo esto, y otras cosas más, ha contado el señor Silvela á los periodistas madrileños, á la vez que les refería las hazas del duque de los Abruzzos, en su arriesgado viaje por las regiones áricas, de quien recordó que había nacido en Madrid en la época revolucionaria.

Habló del abrazo de la revolución con la restauración, del sello de íntima unión entre dos razas de reyes, y de la unión íntima y estrecha de dos constituciones, de dos épocas y de dos tendencias.

¡Ahora sí que gimen las prensas con tanto hablar para que se escriba!

Un suelto oficioso de *La Correspondencia de España* contiene más datos, aunque siente algo de lo mucho que se dijo.

No habrá presupuestos en el año próximo, porque las Cortes no tendrán tiempo de discutirlos en lo que falta del presente; pero á crear al Presidente, tampoco habrá capitulaciones matrimoniales.

La señora extranjera, que por cierto ya no nos visita con tanta frecuencia como antes, tiene mucha influencia. Sus deseos son órdenes realmente, no tanto porque sean suyos, cuanto porque puede ser el vehículo conductor de la triple.

Entre Nápoles y Saboya ya veremos quién gana el pleito; aunque, gánelo quien quiera, tenemos por indudable que nosotros pagaremos las costas, á menos que declaremos que ambos litigantes son temerarios y les rechacemos sin oírles.

Me parece, señor Director, que algo hemos escrito, y que lo escrito, más bueno ó más mal escrito, está, como Silvela, en la Presidencia del Consejo, después de la cuestión de etiqueta del Ferrol, después de las imposiciones de... Cámara, con este nuevo conflicto que ahora se le viene encima; pero aun así y todo, vivirá hasta que el pueblo quiera sacudir su pereza.

A. A.

## La naturaleza

Una horrosa tormenta asoló no ha muchos días á varios pueblos de la provincia de Avila. Rompió el granizo tejados, destruyó casas, desoló campos, redujo á la miseria numerosas familias.

Esto es insignificante para lo que ocurrió en las costas de la Luisiana y Tejas, allá en los Estados Unidos. Destruyó allí un ciclón innumerables edificios, y ocasionó á millares de hombres la muerte. De 2 á 3,000 dicen que mató en la sola ciudad de Galvestón, donde cegó las fuentes.

Esas horribles catástrofes las debemos, como nadie ignora, á la próspera naturaleza. La próspera naturaleza ¡ay! se complace con harta frecuencia en afligirnos. Aquí llueve y desborda los ríos, allí graniza y deshace la labor de los agricultores, acullá suelta los huracanes y hunde casas, puentes y buques. Enciende hoy el fuego de los volcanes; hace mañana estremecer la tierra, sumerge al otro día con estrépito islas albergue de antiguos pueblos; arroja al otro sobre extensas playas olas que esparcen por donde pasan la muerte y la ruina. En Africa, en América, en Asia, mantiene vastos desiertos donde apenas es posible la vida: en los polos, hielos que no permiten descubrirlos.

¡Si es para con nosotros dura! Nos atormenta con cien enfermedades, y al fin nos asesina. Enferma y mata en mayor daño nuestro los animales y las plantas. No nos advierte jamás dónde está el veneno, ni dónde la triaca; deja que por dolorosas experiencias lo descubramos. Oculta avara sus virtudes; para arrancarle el menor de sus secretos necesitamos una labor de siglos.

No da, en cambio, ópimos bienes, se dice. No lo olvidamos. Mezcla es de bien y de mal, fuente de dolor y de alegría, germen de vida y causa de muerte. Por esta razón hubo tantos pueblos, así en el Nuevo como en el Viejo Mundo, que, considerándola creada, la hicieron obra de dioses en eterna lucha ó de un dios de quien descendían contrapuestas legiones de espíritus buenos ó malos que todo lo alteraban, y vertían lágrimas de dolor en la copa de los placeres.

Si la naturaleza fué realmente creada, ¿qué habremos de pensar del creador supremo? ¿No nos resultará tan contradictorio como la naturaleza misma? Dualizarlo es imposible, que andan el bien y el mal tan confundidos y revueltos, que los hallamos en una sola pieza. A medida que vivimos, caminamos á la muerte; y á medida que morimos, engendramos por irresistible impulso nuevas vidas.

Esta dificultad no se oculta á religión alguna. De ahí la existencia de Dios y el diablo aun en las religiones monoteístas; de aquí que el cristianismo, no pudiendo resolver, ni aun por esta hipótesis, el problema, lo discutiese durante siglos, dando origen á numerosas sectas. Resuelto no está aún ni por la religión ni por la filosofía.

¿Qué hacer en este caso? Tomar la naturaleza como es, aprovechar sus dones, trabajar sin descanso por la eliminación de los males con que nos conturba, arrancarle sus últimos secretos, combatir hasta vencer la enfermedad y la muerte. No en el cielo, sino en nosotros mismos tenemos las armas con que hemos de redimirnos de toda servidumbre: redimámonos.

F. PI Y MARGALL.

## De actualidad

### SOBRE LA GUERRA.—LO QUE LE CUESTA Á LOS INGLESES

Como en la guerra de China nada nuevo ocurre, encontrándose en un compás de espera del que saldrá lo que Rusia quiera, y echaremos un cuarto á espadas en la guerra sudáfrica, que parece llegada á sus postrimerías.

En efecto, alardean los ingleses de que la guerra está terminada, puesto que Kruger está refugiado en Lorenzo Márquez, territorio portugués, y según afirman bastará desde luego una fuerza de policía para asegurar la tranquila posesión de la conquista.

Todo esto es muy discutible, en primer lugar esa fuerza de policía tenía que ser de 25,000 hombres, lo cual representa un gasto enorme por lo crecido de los sueldos que exigirá este verdadero ejército disfrazado; además, desde el momento en que el ejército inglés abandonara el territorio del Transvaal y del Orange, boers y orangistas volverían á tomar las armas, y á hombres que han derrotado á verdaderos ejércitos y tenido á raya á 100,000 hombres mandados por el mejor general inglés, no les sería difícil arrojar de su patria á 25,000 policías que tendrían forzadamente que subdividirse en numerosos destacamentos.

En cuanto al hecho de que el presidente

Kruger se encuentre en Lorenzo Márquez, no prueba absolutamente nada, ni indica abandono ni deseos de cejar en la lucha.

Es muy posible que Kruger en estos momentos tan graves para su país crea oportuna su estancia en territorio portugués para asegurar el éxito de un empréstito, por ejemplo.

Si todo estuviera perdido en el Transvaal ocurriría lo propio en el Orange y el presidente Steijn hubiera seguido á Kruger.

Por lo tanto, los ingleses, en vez de cantar victorias que no existen más que en el papel azul de los telegramas, en vez de dar por terminada la guerra sin el consentimiento de sus enemigos, deberían ocuparse de hacer un balance.

En un año de guerra injusta han perdido entre muertos y heridos 39,645 hombres, han aumentado su deuda en más de 1,662 millones de francos, han logrado que en la propia Inglaterra aumente en un 10 por 100 el precio de la carne y en 45 por 100 el del carbón. Este sería el resultado.

Y después de todo esto, y aunque así lo afirma toda la prensa del reino unido, la guerra continúa y continuará durante mucho tiempo.

Además, no deben olvidar los ingleses que hay victorias que cuestan muy caras, y si vence á los boers no será por poco dinero seguramente.

Y entre tanto, deben ocuparse de preparar nuevos refuerzos porque hay tela cortada para rato.

### PRÓXIMO ENCUENTRO.—LOS BOERS NO CEDEN

A juzgar por las últimas noticias recibidas del Africa del Sur, es muy posible que las tropas inglesas que al mando del general Buller marchan en dirección á Nelspruit, se vean obligadas á librar un serio combate con las fuerzas boers que en dicho punto se han concentrado en gran número y que disponen de bastante artillería.

Mientras los telegramas de origen oficial consideran imposible que puedan los transvaalenses continuar por mucho tiempo la guerra de guerrillas, los informes particulares hacen sospechar que los boers están decididos á seguir la lucha y resistir hasta el último extremo.

### UN GRAN INCENDIO

París.—En las Landas ha estallado un enorme incendio, que se inició en el distrito de Liporthey, extendiéndose con rapidez á otros cercanos.

Varios trenes pasaron por entre las llamas, sin que, afortunadamente, hayan ocurrido desgracias.

El fuego continúa, habiendo recorrido hasta ahora unas 5,000 hectáreas, y calculándose las pérdidas en 500,000 francos.

### EL BANQUETE DE LOS ALCALDES

París.—La prensa pide que se declare día festivo aquel en que se celebre el banquete ofrecido por el municipio de esta capital á los alcaldes.

Continúan recibiendo negativas de alcaldes franceses para asistir al banquete.

### TÉRMINO DE UNA HUELGA

París.—En Argel ha terminado satisfactoriamente la huelga de los obreros del puerto.

### EL INGRESO EN LAS FACULTADES

El ministro de Instrucción pública, Sr. García Alix, ha insistido en que será mantenido en todo su vigor el decreto dictado en Julio último, disponiendo la celebración de exámenes para el ingreso en las Facultades, importándole poco la oposición que se le haga.

## DE MAIQUEZ

Vivía en Córdoba hace años un viejecito con más de los noventa. Había visto agonizar el siglo XVIII y nacer el XIX. Tenía buena memoria, no mala inteligencia y un juicio sano y fino, que se forjaba en el crisol de aquella experiencia batida y bruñida por el tiempo, los dolores y desengaños, la riqueza y la pobreza, en frecuentes é inesperadas alternativas.

Un día me dijo:

—Si, yo conocí á Maíquez, el más portentoso comediante que han visto ni verán los siglos. Figúrese usted qué tal sería, que ganaba sesenta reales por función, y aun dos años llegó á ganar setenta. ¡Verdad es que los trajos corrían de su cuenta, y él era aficionado á vestir con lujo! ¡Quién podrá borrar de su alma la impresión dolorosa que recibía al salir de aquella boca el ahogado y profundo suspiro que exhalaba Montecasin al escuchar los nombres de sus jueces! ¡Qué pecho, por endurecido que estuviese, podía soportar el extremado terror que infundía Oteló en el quinto acto, en donde cada movimiento de Isidoro, aun el más leve, era un pensamiento, un mudo intérprete del feroz designio de aquel bárbaro africano! ¿Y en *Aber?* ¿Y la tragedia *Oscar?* No puede describirse el delirio que le acometía: los ojos inertes y desencajados, lívido el rostro, entreabierta la boca, el cabello desordenado, los pasos azarosos, débil el movimiento de la cabeza, la voz reconcentrada y lánguida... ¡Qué movimiento de horror en horror en el público cuando gritaba:

*gritos, sollozos, lágrimas, espadas, sangre...*

Los teatros de mi tiempo no eran mucho mejores que los corrales de Felipe IV, y á los comediantes no se les tenía en mayor estima que entonces; había *mosqueteros* de uno y otro bando; rugía la gente en el *degolladero*; se vendía agua, naranjas y confituras durante la representación; los carteles en que se anunciaba la

función eran manuscritos y estaban encabezados con un muñecarro hecho de dos brochazos por mano inexperta, representando una escena culminante de la obra; iban las actrices al teatro y salían de él en silla de manos, recibiendo una lluvia de dulces que los petimetres les arrojaban... Todo esto desapareció gracias á la tenacidad de Maíquez, que dignificó su arte.

Yo le conocí cuando regresó de París, de ver á Talma, y en Junio de 1801, á pesar del calor que hacía, abrió el teatro de los Caños del Peral, llevando de damas á su mujer la Prado, á la Ramos, y otra Ramos de menos valla; á Gertrudis Torre y á la Briones mayor, Francisca Laborda y Josefa Torres; de galanes, á Infantes, Ronda, Fabiani, Angel López, Iriarte y Riverca, que eran de lo mejorcito que en España había; de barbas, á Campos y á Mata, y de graciosos, á Querol, Cristiani y Francisco López, que hacían reventar de risa á un cartujo si los veía.

Madrid se volvió loco por un actor que muchas veces había silbado. Cada tarde—entonces empezaban la función á las cuatro—se llenaba el teatro, acudiendo á ver cómo Maíquez superaba á Talma, Kemble, Lafón y demás glorias extranjeras, lo más conocido de la corte. Inauguráronse las funciones con el *Celoso conjurado*, y luego, para demostrarnos Maíquez que no tenía, como Talma, miedo al género cómico y para destruir las habillitas de sus detractores, presentó obras de todas clases; *La Real jura de Artajerjes*, *El severo dictador*, *Radamisto* y *Zenobia*, *García del Castañar*, *Penélope*, *El vano humillado*, *Otelo*, *Orestes*, *El pastelero de Madrid*, *La casa en venta*, *El mejor alcalde el rey*, *La Zaira*, *El rico hombre de Alcalá*, *El distraído*, *El diablo predicador*, *Pelayo*, *El convidado de piedra*, *Numancia destruida*, y para asombro de generaciones hasta la opereta *El califa de Bagdad*.

—Yo—continuó diciendo el anciano—salí de Madrid cuando allí llegó Murat con sus tropas, y me vine á Córdoba, creyendo que no había de volver á ver al comediante que tanto me había hecho llorar y reír; pero la suerte lo quiso de otro modo, porque llegado el verano de 1817, se nos planta aquí Isidoro Maíquez y se aloja en casa del marqués de la Vega de Armijo, muy amigo suyo y amigo de Goya, Moratín, Quintana y de cuantos entonces sobresalían.

En casa del marqués estuvo varios meses, y allí trabé amistad con él. La estatura de Maíquez era alta y bien proporcionada; su fisonomía expresiva, ingeniosa, agradable; sus ojos, vivos, penetrantes; su aire, noble, á veces imponente y severo; su trato, afable; su carácter, obstinado: naturalmente festivo, se explicaba con mucha facilidad, y frecuentemente tenía rasgos y frases que demostraban su ingenio.

Gustaba el marqués de oírle contar sucesos de entre bastidores, y Maíquez lo hacía con mucho gracejo; pero apenas refería más que hechos en los que él había intervenido, con lo que, sin querer, nos demostraba á todos lo grande de su soberbia, que, aunque legítimamente sentida, era soberbia al fin.

De aquellas narraciones recuerdo algunas, y voy á referirselas:

Cierta actriz se hallaba una mañana en su camarín, consumiendo un cigarro puro, olvidada de que su presencia era necesaria en el ensayo. Y Maíquez, que nos contaba esto para demostrarnos cómo había que tratar á los comediantes, se acercó á la puerta y, sin pasar adelante y con tono muy sosgado, la dijo:

—Señor cabo de escuadra, cuando haya usted chupado ese habano tendrá la bondad de bajar al ensayo.

La actriz mudó de color, arrojó el cigarro, y sin responder una palabra, fué inmediatamente.

En otra ocasión, preparándose Maíquez á representar la *Raquel* por primera vez dió el papel de la heroína á la María García, postergando á su esposa, la Antonia Prado, de la que amistosamente vivía separado. Esta, ofendida, le escribió una carta llena de reconveniones y quejas. Maíquez la leyó, y rápidamente tomó la pluma, contestándole:

«No me podía persuadir de modo alguno que tu ignorancia llegase hasta el extremo de creer que la dama de un monarca de Castilla fuese una vieja.»

Aunque la Prado era de más edad que la García, conservaba todavía una admirable belleza, á pesar de la cual no protestó de la injuria que Maíquez le hacía.

Y porque ha resultado una profecía, contaré á usted también esta otra anécdota:

Paseando Maíquez un día con un amigo suyo por la plaza de Oriente, paróse ante los albañiles que estaban echando los cimientos del teatro que hoy se llama Real.

—Ya ve usted—dijo Maíquez á su acompañante—el principio del gran teatro que han proyectado levantar en este sitio. ¡Excelente pensamiento! Pero me queda una duda, y es saber adónde irán á buscar actores después que la obra esté concluida.

Y, en efecto, hubo que dedicar el teatro á ópera italiana.

Con otros muchos relatos nos entretenía Maíquez, durante aquel verano de 1817, en casa del marqués de la Vega de Armijo.

Godoy, que subvencionó con 400 reales mensuales el viaje de Maíquez á París, aunque sólo se lo pagó tres ó cuatro meses de los varios que allí estuvo, creía tener en el altivo comediante un criado más. Estando en el teatro de los Caños del Peral, despidió Maíquez á un cómico, al gracioso Cristiani, que con sus chismes y enredos traía alborotada la compañía y riendo siempre unos con otros comediantes. Pero Cristiani era amigo de Godoy, y Maíquez, obligado por el príncipe de la Paz, tuvo que admitir nuevamente á Cristiani. Dejó entonces Maíquez de tomar parte en las funciones, con lo que el público no asistía, y pretextando que el público estaba cansado de él y su gente, lió los